

# Yonny por Madrid

Cheche Rule



Image not found.

# Capítulo 1

## Despelote

Diego recordará eternamente la primera noche que salió a dar una vuelta por Madrid con Yonny. No lo sabía, pero esa excursión le traería puras desventuras. Fue la noche en que se separó de Tania, quien, como lo creyó, hubiera podido ser suya.

Yonny había llegado dos semanas después de que empezara el máster. Llamó la atención por su estatura y su manera de expresarse. No se parecía al típico peruano que Diego había conocido en su vida entre Argentina y España. Pensó —equivocadamente— que podría ser un aliado. Entre tantos forasteros, era mejor tener amigos en similar situación porque le era imposible vivir como un ermitaño. Se tenían que unir como única solución, no quedaba de otra.

Pasaron varios días más y Yonny aún no departía, es más, no se acercaba a nadie. Llegaba justo al inicio de las asignaturas, desaparecía en los descansos y se iba ni bien los profesores culminaban sus exposiciones. A Diego le daba la sensación de que vivía tirifilo. Pero el destino confabuló contra su timidez y él lo conoció en aquel break. Él y Tania, que se estaban volviendo inseparables, aprovecharon el tiempo para fumar.

Yonny fue donde ellos, tiritando. Claramente, no estaba preparado para ese invierno en apogeo. Los saludó y les pidió un cigarrillo. Diego le ofreció también fuego. Fue el inicio de muchas pláticas. Con la primera pitada, Yonny suspiró y Diego sintió extrañamente que Tania hizo lo mismo.

—Yonny, ¿cómo vas?, ¿ya adaptado? —preguntó Tania.

—Acá la gente vive más acelerada, corriendo de un lado a otro, con el rostro crispado. Presiento que es una ciudad dura, en la que cada uno va inmerso en sus propias tribulaciones. No va conmigo —respondió él.

Diego decidió darle su impresión. Llevaba varios meses de ventaja allí, laborando en Repsol luego de que solicitara su traslado a la YPF en su país.

—Esa es una visión superficial de esta hermosa ciudad. Yo la juzgué igual, pero, cuando lo superas, descubres que está abierta a todo el mundo. Vas a aprender a amarla poco a poco, hasta que ya no podrás renunciar a ella

—le dijo en su marcado acento argentino, sin saber aún su maldición.

Yonny empezó a contarles que se había enrollado para salir de Barajas, hacía tiempo que no andaba por su propia cuenta en un aeropuerto tan monstruosamente grande. Tampoco había podido instalarse. Desde que había llegado, circulaba por la ciudad entera [LR1] —no se ubicaba del todo— con el objeto de escudriñar pisos decentes, pero, por la situación, no los alquilaban a estudiantes recién llegados. Estaba hospedado donde el novio de una amiga, quien, como no se complementaban, ya le había dado un ultimátum. Su vida transcurría en el sillón de la sala.

—Con razón esa negatividad. La pasas muy incómodo —se lamentó Tania.

—Che, andás tieso. Te voy a mostrar lo groso de Madrid. ¿Por qué no salimos esta noche? Vayámonos de joda —le dice.[LR2]

A Diego le sorprendió que Tania se uniera. La mexicana se había mudado desde su natal San Luis Potosí, quizá por eso su abrumadora cordialidad, impropia de grandes urbes. Ella no aparentaba una madurez de casi treinta años. Le atrajo desde el primer día la mina, cautivado por sus rasgos delicados, su estatura pequeña, sus senos florecientes. «Relindo ese cuerpito, qué rico ese culito», se decía. Era como si fuerzas divinas le hubiesen encargado apropiarse de esa fragilidad.

Diego propuso ir a la Latina —que no evocaba los países de donde venían— ni bien terminara la última materia del día. Como era viernes, gran parte de la ciudad se congregaba en ese barrio que, aunque respiraba muy poco glamour porque era un hervidero de turistas, universitarios y rufianes.

Le fue fácil dirigir el rumbo: les llevaba delantera, pues tenía experiencia descifrando los atajos del enredado, pero eficiente, sistema de transporte madrileño. Tania, al igual que Yonny, recién estaba explorando el primer mundo. Mientras Diego recomendaba algunos bares, se percató de un restaurante peruano y, antes de proponer entrar, Yonny ya estaba abriendo la puerta.

La Gorda tenía una decoración minimalista en tonos naranjas y verdes claros, lleno de cuadros con artículos de prensa loándola y con imágenes de la geografía de su país. Pero lo que más le llamó la atención a Diego fue la gran cantidad de estatuas voluminosas, digna de una cocina generosa cuya misión —lo decía también la carta— era la fidelidad a sus raíces. Con estos elementos comunes, pero con un tratamiento más cálido, cualquier cliente observador sabría que ese espacio se salía de la aburrida rutina nocturna.

Probaron las recomendaciones de Yonny: chips de yuca con la cremosa salsa huancaína, ceviche de pescado con zumo de limón, un delicioso chupe de langostinos, el ají de gallina y el lomo saltado. Se impresionaron con cada bocado, no había nada remotamente similar en los restaurantes de otros países, esos que pululaban esperando al azar. Diego comió sin control, mucho más que sus compañeros.

—Yonny, ¿por qué decidiste venir a Madrid? —le pregunta Tania antes de probar el ceviche.

No ocultaba su interés. Con Diego también se había preocupado. En las largas conversaciones que había mantenido antes con Diego, él se enteró de que ella se iba a casar en México. De que quería tener última aventura, y por eso había decidido estudiar antes. Le pidió al novio que la esperara hasta que terminara el máster. Diego había visto fotos de la pareja en la sala del departamento que compartía con una española. Ambos habían turisteado mucho desde que la abordó el primer día, se sentaban juntos en el aula y se mandaban mensajes cuando no se veían. Diego logró avanzar mucho.

—Para mí esta ciudad siempre ha sido una meta, la tierra de promisión, la atalaya desde donde ver el mundo. Por algo, muchos escritores peruanos viven aquí. Eso me nutrirá, me dará más visión.

Yonny era un hombre de letras, un lector voraz, le gustaba las historias de su continente y se inclinaba por las de terror. Se enteraron también de que había escogido la misma escuela porque estaba primera en los rankings de educación de España, pero, sobre todo, porque no era costosa. Mientras seguía, Diego no lo notaba tan entusiasmado por aprender como a Tania. Más bien, le daba la impresión de que en el fondo se había escapado de su país y le había apostado a España sin análisis previo. Los ahorros de toda su vida estaban jugados a esa experiencia.

Luego de varias Cuzqueñas, algunas salidas para fumar y un par de pisco sours a los que la propia Gorda, dueña del lugar, les invitó, Diego propuso ir a un boliche cerca de Puerta del Sol. Le dio curiosidad que Yonny, sin el mayor esfuerzo, causara buena impresión. Caía bien con solamente mirarlo: sucedió con la propietaria y con todos los peruanos con los que se saludó. Y, cuando conversabas con él, encandilaba, se expresaba con corrección, escuchaba atento y terminaba, no sabes cómo, hablando de lo que a él le interesaba.

Siguieron la propuesta, y a Diego le sorprendió que Tania estuviera muy animada. En especial, porque era la primera vez que había aceptado una de esas invitaciones nocturnas. Las solía evadir asegurando que prefería hablar con su novio y dormir temprano. No obstante, algo le decía que, si

mantenía esas atenciones, pronto iba a devolver el anillo.

Mientras Diego caminaba absorto, un poco más despacio y tambaleante, confirma que Madrid no es la ciudad más hermosa de Europa ni de la propia España, que es en parte caótica, que su casco histórico no puede competir con el de otras ciudades medievales. Pero es una ciudad que siempre está viva, en ebullición, que evoluciona cada día. Lo comprobaba en cada paso que daba y golpe que recibía.

Llegó a la Puerta del Sol y, cada vez que pasaba, se detenía a observar el espacio completo, tanto le gustaba ese confluir de razas. Aceleró el paso porque sus compañeros, abrazados no solo a causa del frío, ya estaban ingresando a un local. Antes que él lo hiciera, se percató de que ya no tenía puchos y se puso nervioso. No los vio porque el lugar, atestado de gente, aturdía por su estruendo. Después de un rato de inmovilidad, le hicieron señas, bebían parados porque no encontraban sitio. Él consiguió una mesa pequeña.

El alcohol muestra el alma, pero le sorprendió que Yonny, conforme más bebía, se abstraía sin retorno. No era el mismo conversador. Parecía que, mientras exploraba su interior, escondía un espíritu sombrío.

—Ponéte las pilas, loco —berreó.

No respondió. Más motivos para que se unieran: desenmascarar ese misterio, abrir el hermetismo. Fue el reto hasta que —luego de que lo quiso cagar con su monitor— se diera por vencido. No se pudo, y eso que hubo miles de oportunidades, no una como con Tania.

Aprovechó que Yonny andaba inmerso en su mundo y sacó a bailar a la mexicana. No solía hacerlo, tampoco la música que pasaban en el local era de sus favoritas, pero no podía perderse el hit del momento. La tomó de la mano: «...ayer la vi bailando por ahí con sus amigas en una calle de Madrid», y la pequeña comenzó a contornearse. Ahora le tocaba apresar su menuda cintura —ise dejó! — y la pegó hacia él.

—Me gustás demasiado, ¿lo sabés? —gritó.

Vio que sonreía, que siguió moviéndose empuñada a él. Al rato, ella se disculpó para ir al baño. La siguió sin que lo notase para interceptarla ni bien saliera. Luego la abrazó para besarla sin piedad. Sus lenguas se correspondían, era un efluvio delicioso. La arrimó contra la pared. Pegó su bulto y ella se lo estrujó. Tania le correspondía y eso lo excitaba más.

—Vámonos, que quiero estar contigo.

—¿Y Yonny?

—Que se joda. Se puede defender solo. No es un pendejito.

—No mames. No conoce bien la ciudad, lo pueden asaltar.

—OK. Relajáte, nena —bufó.

Sentados en la mesilla, pidió tequila, ya andaba curdo. Quería demostrar que ahí era el macho, que él imponía. Escuchó por ultima vez a Tania, toda apiñada: «mejor esperemos a que abra el Metro». Miró el reloj, eran las cuatro de la mañana. Su vida estaba en el celular, pero nunca dejaba a su muñeca sin compañía. No supo en qué momento el mundo se desvaneció.

Cansado, sintió que lo tumbaron en el sofá, le sacaron los zapatos, le desabrocharon el pantalón —era el único que iba a la escuela en camisa y pantalón—, unas manos acariciaron su rostro y los rizos de su cabello. Se durmió de repente. Unos labios le pedían protección y cariño con la voz más baja. No pudo reconocerla en la oscuridad de la noche. Alargó sus manos para encontrar el pequeño cuerpo que se recostó encima de él, que le recorrió entero con besos. Le devolvió las atenciones.

De pronto, le costó trabajo ubicarse. Escuchó el sonido de una puerta cerrándose. Era Yonny. Luego entendería que, pasase lo que pasase, se levantaba siempre a la misma hora para comprar la prensa y dar su paseo. Este salía del cuarto de Tania, cargaba su ropa entre los brazos, con el rostro compungido y descompuesto. Se vistió con cuidado en el sillón contiguo, terminó de anudarse las zapatillas desgastadas. Lo escudriñó aliviado —seguro el boludo creyó que andaba profundamente dormido—, luego saldría sin hacer ruido.

Volvió a dormirse y súbitamente percibió, aliviado, una tibia humedad en la ingle. Su alivio y serenidad se violentaron con unos nudillos que tocaron varias veces su frente. Reconoció la misma silueta diminuta de sus sueños.

—Diego, te tienes que ir. Alba está por levantarse —le dijo.

—La puta que lo parió —masculló.

Se levantó del sofá pesadamente, abúlico, gruñendo. No pudo ir siquiera al baño, contenía aún las birras y esos piscos que lo hicieron delirar. Ocultó como pudo las manchas de su pantalón. Ella lo empujó rápido hacia la salida. Diego intentó proponerle pasar el día, pero vio su rostro desencajado y se le fueron las ganas. Dedujo que, en realidad, anhelaba

su soledad.

Tania faltó varios días a la escuela. Él se preocupó bastante porque no respondía a las llamadas. Cuando por fin se vieron, ella había cambiado por completo. Pasaron más días y Tania se alejó. Él se sintió culpable, sin saber en el fondo qué había sucedido. Renegó porque creyó perder un cuerpo placentero, quizá el mejor.

Yonny no le comentó lo que pasó aquella vez. Ni cuando estudiaban para los exámenes ni cuando recorrían juntos la ciudad, explorando todo tipo de bares y muchas cosas más. Se lo insinuó en un sinfín de ocasiones, pero nada. En esa época, casi a diario salían y bebían hasta el desmayo. Tuvo que actuar, fingir que era su leal amigo. No le venía bien vivir apartado.

Poco después de acabar el máster, se armó un quilombo. La presidenta del país expropió la empresa y los españoles no querían saber nada de argentinos. Lo obligaron a regresar. Él sintió que dejaba inconclusos muchos proyectos. Principalmente el que se propuso ni bien conoció a Tania: conquistarla en esa ciudad. El encanto no pasa, no la busca y aparece. A pesar de que no lo empetotó, no hubo romance, ni siquiera una cogida pasajera y banal. Pero sí hubo confianza, él fue el único que supo de los problemas que tuvo por esos minutos que estuvo aquella noche con Yonny.

—Diego, quedé embarazada y tuve que abortar, por mi bien —le confesó.

—A este hijo de puta lo reviento.

—Déjalo, que él no sabe nada.

En el avión, por más que quiso ocultar ese episodio y se repitió que no era demasiado guapa, supo que no podría vivir sin ella. La extraña cada día: chúcaro, quejumbroso, eterna, soportando todo tipo de afrentas, vejámenes.

Hoy lee el mensaje que le acaba de mandar Yonny: «Pibe, viajo a Argentina por chamba. Tenemos que irnos de joda por los viejos tiempos». Mientras repasa las palabras, maldice su talante para no olvidar. Hizo lo posible con la siquiátra para nunca más revivir aquellas escenas. Jamás tuvo soberanía.

Sin embargo, sigue yermo, perpetuando aquella maldita noche con cada bocanada de yerba y añorando que Yonny no hubiese existido.





## Capítulo 2

### La puerta cerrada

«¿A qué hora venís?». Leo el mensaje de Diego. Los preparativos para su fiesta de cumpleaños habían tomado toda la semana. Se previó cada detalle, desde el número de invitados, la creación del evento en Facebook y la repartición de las bebidas, hasta la decoración y quiénes iban a preparar las tapas y los pinchos. Lo dejó en Leído. No me interesa escribirle de vuelta.

Estoy destruido. La noche anterior salí y combinar ron con whisky barato resultó ser una gran idea. Evidentemente, tengo que ir, es un buen amigo, pero pienso hacer acto de presencia y, al primer descuido, escapar. Ya no estoy para maratones en vela dos noches seguidas. «Acaba de confirmar Sofía», insiste.

Y esa sola frase cambia por completo el panorama de lo que queda del día. Gran parte del tiempo la paso en cama, intentando reponer las fuerzas. Almuerzo una dieta de pollo, acostumbrado a cocinarme rápido, a comer solo. En vez de abrir las lecturas para el máster, leo a Bolaño: «yo soy la princesa inclemente», sentenciaba en un cuento. Y se me queda grabada esa definición para ella.

De lejos, Sofía era la española más guapa que había visto. Tiene una silueta imponente y, aunque viste como las demás —faldas Zara, blusas Mango y zapatos sin tacón que venden en cualquier escaparate de Gran Vía—, siempre parece tan elegante que yo pienso: ¿cómo a las otras nunca se las ve así?

Quizá por sus ojos turquesas, pícaros y expresivos, resguardados por unas cejas minuciosamente cuidadas, y unas pestañas curvas y sedosas. O por su porte de modelo de Victoria Secret: tan alta y delgada, de piel diáfana y cabello dorado. O quizá por ese aire de ángel próximo a pecar que vuelve loco a uno. Pero, sobre todo, cuando sonreía resaltaba esos delicados labios que eran un completo enigma. Esta era la primera ocasión que me daba el destino para conocerla y empezar una posible conquista.

Cuanto podía averiguar sobre ella se lo debía a la web o a las chismografías de los de la clase. Venía de Santander, su familia era de ese litoral. Su juventud la había pasado en Londres debido a su padre empresario. Había estudiado periodismo en Inglaterra y, hasta hace poco, había destacado en la agencia de noticias EFE. No obstante, leo en su blog: «Me desencanté de ese vano oficio». Ahora quería triunfar en el mundo corporativo, a pesar de que eso significara empezar de nuevo y

luchar contra la puta crisis que no dejaba vivir.

Comienzo a recordar cuándo empezó a interesarme. Primero fueron esos pechos feroces dentro del vestido negro ceñido con el que se apareció en la fiesta de fin de año. Luego, sus intervenciones precisas en los debates de las asignaturas, con ese acento indefinido de haber recorrido el primer mundo. Dejaba claro que refulgía, un oasis entre tanta ignorancia.

Estoy seguro de que todos en la clase le querían dar vuelta, aunque nadie tan intensamente como yo. No importa. Calculo lo que voy a vestir con mayor ahínco. La decisión final: unos jeans, una camisa a rayas Abercrombie y una chaqueta marrón que hace juego con este outfit. Era suficiente para diferenciarme del resto de los comunes. Voy donde el Chino a comprar unas Mahous y prosigo con el plan.

Espero el Metro de Madrid en la parada Bernabéu, igual de sorprendido desde mi primer día por sus inmensos túneles. En mi condición, a punta de ahorro, no puedo aventurarme a usar otro sistema de transporte. Recién ahora comienzo a entender las señalizaciones de sus conexiones, sencillas de seguir incluso para un despistado como yo.

Pero lo que más me conmueve cada día mientras entro o salgo de sus laberintos, son sus músicos ambulantes, que van aumentando y que se ganan la vida cantando a Najwa Karam, la zarzuela La patria chica o hasta a La Sonora Matancera. Y es que, a pesar de la velocidad con que se vive, uno puede demorar su paso, maravillarse por un instante y esperar tiempos mejores.

Leo el mapa para revisar la salida. Requisito obligatorio: tener siempre uno en el bolsillo. «Más fácil, por Valdeacederas», confirmo. Después de pocos meses, me voy familiarizando. El mapa muestra sus doce líneas, de distintos colores, montándose unas sobre otras como cañerías en las entrañas de la ciudad.

Salgo y camino hacia el lugar. Mierda. El frío me golpea y se impregna en los huesos. Sí que hay que tener cojones para vivir en febrero en esta ciudad. Todo parece congelado, sin vida, bajo cero. Y extraño las melancólicas playas de Máncora.

Llego a la casa, abarrotada de ánimas que cargan distintas caretas y visten disfraces a la medida. Saludo a los invitados importantes. Dejo las cervezas en la nevera y me acerco a Sofía, que está sin compañía. Lleva un vestido blanco. Estoy determinado, porque sé que la primera vez que te acercas determina el resto de la relación. Me invita de una a tomarnos unas sangrías. Intento no separarme de ella ni un instante. El diálogo fluye natural, las bebidas aún más. Me llama la atención lo genial que la

pasamos, y eso que en las clases solo habíamos cruzado secos saludos.

—Tío, ¿así que eres de Perú? Pues no te pareces a los peruanos que hay por acá. ¿Cómo se vive al otro lado del charco?

Cometo el error de definir al Perú centrándolo en Lima. Y cada vez que hablo de Lima, me quedo con la sensación de ofrecer una perspectiva insuficiente de la ciudad. ¿Alcanza la recortada experiencia de alguien que en veinticinco años ha recorrido algunos barrios de apenas ocho distritos de los más de cuarenta que tiene? □ Mientras le explico, ella más se interesa. Pero trato de no enrollarme [LR1] y le resumo que uno se las ingenia para pasarla bien. Le asombra que en mi ciudad haya gente que sobreviva atiborrada en cerros, que el clima sea monótono y lánguido, que para ir a trabajar me tomara cerca de cuarenta minutos en taxi. Me doy cuenta de que ella nunca ha probado la comida de mi país.

—Entonces, ¿me invitarás a comer algo tradicional?

Pude captar su insinuación. Claro que acepto. El alcohol me vuelve por su magia más cariñoso. Ella me acepta el abrazo, las temerosas caricias. Cuánto hubiese deseado que empezara ahí nuestra historia. No se zafa, en cambio se acomoda y me lanza un beso cerca del labio. Comprendo que los gins surten efecto. ¿Será que la podré raptar?

Se nos unieron dos personas más: Diego, el agasajado, y Ariadna, una catalana medio huevona. Cada vez que conversábamos, ella siempre imponía sus puntos de vista, aunque estuviesen equivocados o fuesen irrelevantes. Nunca quería perder.

Tengo la sensación de que los cuatro estamos revueltos. Sospecho que estamos reunidos ahí por la misma razón. La conversación gira en torno a lo aburrido de las clases.

—¿Por qué no hacemos grupo para el proyecto? —me costó entender la pregunta de Sofía.

Acepto. Ya veo borroso y seguro que ella más. Su cabeza está sobre mi pecho, descubro su perfume: Flower by Kenzo. Estaba perplejo, hipnotizado, hasta que Ariadna impone su tema favorito: el proyecto independentista de Catalunya, porque así lo pronunciaba ella. Cada vez que charlábamos, terminaba en lo mismo. Y empieza su perorata, su diatriba contra España y la corona. Me aburro. Yo creo que la identidad española no son el baile flamenco ni la siesta, sino el vino de Rioja que remoja la garganta de Sofía.

Me disculpo con ella, bien aferrada a mí, y voy al baño.

Dentro, determino que lo que quiero en esta vida es escapar con esa preciosidad a toda costa. Cuando por fin salgo, quedo sorprendido al cruzarme con Ariadna y Sofía, la princesa inclemente, de la mano. ¡Catalana, tú sí que eres una hija de puta! Entraron al mismo lugar. Ya nada presencio. Todo se detiene. Intento buscar alguna explicación. Diego se escabulle.

Descubro que la eternidad la define esa enmudecida puerta: pasaron dieciséis minutos. Luego treinta y tres segundos más. Por fin aparecen, aferradas, igual de la mano. Se pierden entre la multitud. Íntimas, unidas.

Yo, que me consideraba conforme conmigo y hasta orgulloso de lo que había conseguido, ahora me siento inferior en este país. Quizá fue una decisión loca la de emigrar.

«¿Te largás sin avisar? Sos un pelotudo». Ni cagando respondo.